

# Un ingrediente para soportarnos mejor

Fabián Guerrero Obando

El Diccionario de la Academia dice que “el humorismo es el estilo literario en que se hermana la gracia con la ironía y lo alegre con lo triste”.

Eso es cierto, pero el humor puede utilizarse de formas diferentes. Así, por ejemplo, Kafka, cuya propuesta humorística es poco reconocida, escribe que “Atlas pudo haber pensado que, cuando lo quisiera, no tenía más que dejar caer el globo terráqueo e irse; pero no le estaba permitido tener más idea que esa”. Al parecer, no es el mundo lo que carga Atlas, sino el pensamiento; es decir, para Atlas lo verdaderamente irremediable era pensar. Sin embargo, Kafka no hace de Atlas una figura trágica o angustiada, sino humorística. Su desgracia es irrisoria. Pero lo es precisamente porque no puede ser eludida, porque es lo irremediable, lo que únicamente es necesario afirmar. Al parecer, solo en esa extrema necesidad apunta el humor. El humor, así, es la pasividad de la impotencia, es decir, la impasibilidad que surge cuando el sufrimiento se ha tornado infinito y ya no hay nadie, ningún sujeto capaz de padecerlo. El humor hace todavía de esta desgracia su única afirmación, la incondicional alegría que es propia de todo arte.

Voltaire, por su parte, utilizaba el humor como un señuelo no solo para atraer a sus lectores, sino para ponerlos de su lado. Haberlo conseguido, sin recurrir a chistes gratuitos o facilones, es parte de la grandeza de este autor. Se trata de una elegancia natural, que alude únicamente al

movimiento, a la forma de moverse, de andar, a lo que no está entorpecido por arbitrariedades y prejuicios.

Ello no quiere decir que el arte sea, sin más, humorístico, sino que la obra artística es la experiencia de un diálogo, entre la desgracia y la alegría según la distancia de lo irremediable, diálogo cuya lógica es siempre singular y del que la obra extrae su necesidad.

Yo no soy humorista, repetía Augusto Monterroso, pero si el espectáculo humano, puesto así, tal como es, a algunos les produce risa, eso es otra cosa, y a veces toma tiempo darse cuenta de que es más bien como para llorar.

Al parecer, la desgracia es lo irremediable, pero no existe ninguna desgracia propia que no sea al mismo tiempo potencialmente graciosa.

No es solo Kafka, Voltaire, Monterroso. No es solo Shakespeare, Rabelais, Leopardi o Cervantes. Quevedo o Bartleby. Beckett o Cioran... Es también Jorge Dávila Vázquez, Fernando López Milán, Carlos Vásconez, José Luis Iñiguez, Roque Rivas, los que nos recuerdan que solo los sabios son inmunes a la desgracia, pero como la mayoría de los humanos no lo somos, al menos nos queda poder reírnos.

Con **Esperando el fuego liberador II**, obra del Artista Miguel Varea, recientemente fallecido, ilustramos la portada del presente número de **La Revista**. El Maestro Miguel Varea representa el privilegio excepcional de un arte insobornable. Su visión -exenta de autocompasión, pero ple-tórica de humor negro- supone la irónica derrota del individuo como jubilosa victoria de la singularidad. Otra forma de lo irremediable.